

Sección bibliográfica

Reseñas

STUART LOWE: *Urban Social Movements. The City after Castells*, St. Martin's Press, Nueva York, 1986. 221 pp.

En la todavía escasa literatura sobre los llamados "movimientos sociales urbanos" (MSU), el libro de Lowe constituye un importante balance global. La obra gira, en una primera instancia, alrededor de una apreciación crítica de la producción de Manuel Castells, pero rebasa ampliamente este primer propósito, al incluir también un análisis del proceso de movilización y un detallado estudio de los MSU de Inglaterra, así como una visión comparada de movimientos en varios países y algunos comentarios finales sobre la teoría y la práctica en estos fenómenos colectivos.

El autor realiza múltiples observaciones críticas a Castells: inconsistencias empíricas, problemas de interpretación, escaso desarrollo de algunos tópicos (como el de los movimientos en los países socialistas y la influencia de la ideología), énfasis excesivo en lo urbano como fuente de cambio social, extrapolación de un modelo particular de movimiento, falta de análisis crítico en la relación entre movimientos y partidos, incorporación inadecuada del enfoque culturalista, etc. Reiteradamente alude a la problemática evolución que el pensamiento de Castells ha tenido en lo que Lowe define como las tres fases de su teoría, es decir: 1) la que vincula los MSU al movimiento obrero y al partido político; 2) la que otorga un carácter interclasista a los MSU, y 3) la que enfatiza la cultura comunitaria y el autogobierno local. La información al respecto acumulada por el propio Lowe sobre diferentes MSU y los datos provenientes de la experiencia mexicana permiten apuntar que:

a) no es posible predeterminar el carácter de clase de los MSU; únicamente el análisis concreto de las bases sociales de cada uno de ellos permite acotar su composición de clase;

b) en los países dependientes, los estudios de caso apuntan en el sentido de que existe un predominio de las clases subordinadas políticamente y explotadas desde el punto de vista económico, y

c) en algunos MSU de otros países y de México (Coordinadora Única de Damnificados, grupos de solicitantes de tierra y vivienda, el de inquilinos parcialmente y, sobre todo, el ecologista), la base social es mucho más amplia. Ello permite hablar de movimientos interclasistas en sentido estricto, debido a la presencia significativa de capas medias y pequeña burguesía, además de los proletarios en sentido amplio.

Respecto a los MSU de Inglaterra (caps. 4 y 5), Lowe aporta los resultados de las obras existentes y de estudios propios, centrando su análisis

en los casos del movimiento de inquilinos y del de invasores de viviendas (públicas y privadas) desocupadas. A partir de las conclusiones que deriva de ellas, estructura buena parte de las observaciones críticas que realiza a Castells así como los elementos propositivos para el análisis de los MSU. Ambos capítulos aportan elementos altamente ilustrativos en relación con los movimientos del Tercer Mundo. La distancia que media entre el objeto de la invasión por parte de los ingleses y de los mexicanos (una vivienda deshabitada o un terreno inhóspito) evidencia la distancia en cuanto a los niveles de vida de la población en ambos casos. Ciertamente, también en México se ha dado la invasión habitacional. Pero ello ha ocurrido en reducidos casos, en particular por parte de derechohabientes del Infonavit y del Fovissste que eran sujetos de créditos y reunían los requisitos para convertirse en adjudicatarios de vivienda; debido a retardos burocráticos o a preferencias dudosas en la asignación de los créditos realizados por los sindicatos, estos derechohabientes quedan fuera del reparto y optan por la ocupación directa de las viviendas. Lo anterior indica que la homologación a este respecto del caso inglés y del mexicano no sería válida.

En el capítulo 6, Lowe se ocupa del análisis comparado de MSU de varios países. Los casos que rápidamente considera se refieren a España, Italia, Francia, Polonia, Estados Unidos y América Latina (México, Colombia, Chile). Esta parte del libro es quizás la más débil no sólo por el limitado sustento empírico de las afirmaciones, sino porque en ella aparecen datos que refutan ciertas tesis del propio Lowe. Una lectura crítica de la información aportada indica que existe una problemática relación entre los MSU y los partidos políticos, el carácter pluriclasista (e incluso no clasista sino racial) de algunos movimientos como las revueltas y las demandas de escuelas por parte de la población negra en Estados Unidos, la injustificada generalización del diagnóstico realizado (reflujo de los MSU a finales de los años setenta quizás real en Europa, pero no en América Latina), etcétera. Lowe critica a Castells que su análisis comparado de los MSU, especialmente en la última de sus obras (*The City and the Grassroots*) se base sobre un solo modelo para todos los movimientos, en el que privilegia su lógica interna y relega los factores causales que los originan (p. 179). La observación es en parte válida y, como se precisa más adelante, una de las propuestas centrales de Lowe para el análisis de los MSU es tener presente sus causas. Pero quizás hubiera sido conveniente que el propio Lowe la aplicara más sistemáticamente. Con todas las limitaciones que observa en Castells, el aporte de este último sigue siendo fundamental en este terreno. Además de los aspectos aludidos, Lowe trata o hace referencia a una pluralidad de temas: el consumo urbano, la comunidad local, la relación con el poder, la ideología, la lucha electoral, etcétera. El autor los retoma, en la parte propositiva de su obra, en torno a dos bloques temáticos: a) influencias fundamentales de los MSU (pp. 185-186), y b) prin-

pales temas analíticos del proceso de movilización (pp. 194-195). Estos dos bloques se entrecruzan en varios puntos, por lo que pueden concentrarse en cuatro temáticas, sobre las que estructuro los comentarios siguientes.

1. El tipo de relaciones existentes entre el poder central y el local en la sociedad y particularmente en el sistema administrativo y, como resultado, el espacio disponible para los MSU y para su impacto social y político.

Hay que admitir, junto con Lowe, que la consideración de esta problemática es fundamental para el análisis de los MSU. Las situaciones diferenciales que predominan a este respecto en los países deben ser sistemáticamente tenidas en cuenta. Como demuestra Lowe, en el caso inglés existe una larga tradición de autonomía local que otorga a los respectivos ciudadanos un importante margen de maniobra en las decisiones sobre el marco construido. Ello dista enormemente de la centralización prevaleciente en América Latina y particularmente en México. Por ejemplo, hay que recordar la identificación existente entre partido dominante y gobierno, la cual crea una seria desventaja para las fuerzas sociales y políticas que, tanto a nivel nacional como regional o local, no operan en esa órbita. Por otra parte, aún en el caso de que algunas fuerzas de izquierda logren algunos triunfos electorales, la diferencia es abrumadoramente notoria en relación con el PRI a nivel central o local. Así, en 1982, de los 2 377 municipios existentes en el país 43 eran gobernados por militantes de partidos minoritarios y únicamente en 14 estados existían 131 regidores y 5 líderes de partidos de oposición, distribuidos en 73 ayuntamientos (J.A. Aguilar, *Administración urbana municipal*, 1987, mimea, p. 85). Los esfuerzos descentralizadores que se vienen realizando no contrarrestan todavía la dependencia de las entidades federativas y de los municipios. Lo anterior no niega que en México existan diferencias a veces significativas, en la respuesta que las autoridades locales dan a las demandas de los MSU. Pero lo que está incidiendo entonces no es tanto el sistema administrativo, sino la particular correlación de fuerzas existentes a nivel local. Es decir, el énfasis habría que ponerlo no en las instituciones administrativas locales, sino en las fuerzas económicas, sociales y políticas que operan a ese nivel y que, a veces, rebasan los marcos institucionales, presionando e imponiéndose sobre las primeras. Se trata, en otros términos, de los poderes reales a nivel regional y local. En la medida en que los MSU tienen en cuenta estas especificidades, pueden calibrar las posibilidades y limitaciones reales que existen para su acción.

Aunque Lowe no lo señala, sobre la administración tanto central como estatal y local habría que tener igualmente en cuenta la multiplicidad y fragmentación de los aparatos correspondientes y que invalidan la visión del gobierno como un ente único y monolítico. Ello se traduce a veces en políticas encontradas que, alternativa o simultáneamente, desgastan

los movimientos o crean resquicios para su actuación, en la medida en que sean captados y oportunamente utilizados.

2. El sistema y carácter de los partidos políticos así como su efectividad en la mediación de los conflictos sociales y, en este contexto, su relación con los MSU.

Esta temática es igualmente central. La cuestión al parecer se define por un postulado teórico (generalmente aceptado) y una experiencia problemática registrada al respecto. El postulado afirma la conveniencia y necesidad de una articulación entre ambas formas de acción (la de los partidos y los movimientos), tanto para articular las instituciones partidarias con las masas a las que deben potenciar, como para introducir y garantizar en los movimientos una dimensión política. La experiencia problemática estriba en varios hechos que, en parte, confirman el propio análisis comparado de los MSU que realiza Lowe; éstos son:

a) las limitaciones reales que registran los partidos para captar la problemática emergente y encontrarle una expresión partidaria y, sobre todo, intervenir y mediar en su solución, y

b) el impulso inicial que, en algunas ocasiones, dan los partidos a los MSU y las contradicciones que surgen entre ambos para mantener la presencia de los primeros, en la medida en que avanzan los movimientos en sus reivindicaciones y en su relación ambivalente con el gobierno. Al respecto, llama la atención la conclusión de Lowe en el sentido de que una constante, a nivel internacional, es que los MSU fracasan en las demandas y movilización, cuando triunfa la izquierda a nivel local (p. 179). La gravedad del aserto, en términos políticos, amerita un análisis detallado acerca de los factores que, por ambas partes, llevan a esta situación. La afirmación realizada por Lowe de que "el carácter de los partidos políticos esté frecuentemente orientado a la élite y es oligárquico" (p. 195) es importante, pero no suficiente para explicar el fenómeno registrado. La experiencia mexicana señala que se están efectuando avances en la búsqueda de una relación potenciadora para movimientos y partidos, pero que éstos son todavía muy limitados. Una situación similar se detecta en las relaciones (difíciles pero necesarias) que entablan sindicatos y MSU. Las luchas urbanas y sindicales se encuentran distanciadas, aunque el actor de ambas sea, en buena medida, el mismo sujeto que es, a un tiempo, trabajador y habitante de la ciudad.

3. La articulación que se da entre industrialización y los procesos de urbanización y de consumo así como las consiguientes adaptaciones sociales y demográficas que ellos originan, y, vinculados con los factores anteriores, la participación del sector público y privado en el consumo social.

Este conjunto de temas rescata las causas objetivas principalmente de

tipo económico así como las transformaciones de la estructura social que están en la base de los MSU. Lowe las incorpora en su exposición de los movimientos ingleses y de otros países a los que se hizo referencia, aunque no desarrolla teóricamente esta temática. Ella es obligada frente a los planteamientos voluntaristas de algunos activistas políticos y a las insinuaciones (o descalificación abierta) que realizan determinados funcionarios en el sentido de que dichos movimientos son el resultado de la acción de agitadores profesionales o fuerzas subversivas. El origen estructural de los MSU se encuentra en los cambios que ocurren en la base económica de las formaciones sociales, en la reubicación de las actividades económicas en el espacio, así como en la conversión de las ciudades en ámbitos privilegiados para la acumulación de capital y de concentración de población y en las modalidades (privadas y públicas) en que se crean las condiciones necesarias para la reproducción de la fuerza de trabajo. Esta serie compleja de factores constituyen el campo de competencia de varias disciplinas (economía, demografía, geografía, antropología, ecología, planificación urbano-regional, etc.), las cuales no suelen incluir la consideración de los fenómenos de la acción colectiva en las ciudades. Y sin embargo, las claves de su interpretación se encuentran ahí, puesto que ellas tocan sus raíces. Como demuestran buena parte de las obras existentes sobre los MSU, no siempre se logra descubrir y establecer la relación específica existente entre dichos factores causales y la dinámica de cada movimiento, ni superar, por un extremo, el simple establecimiento de marcos generales y, por el otro, la descripción casi anecdótica de la historia de los movimientos particulares.

Sin que Lowe incorpore entre las causas originarias de los MSU a los de orden político, los estudios de caso contenidos en su libro remiten a ellas. Pero se advierte al respecto una insuficiente valorización de la dimensión política de los movimientos. Algunos estudios de caso han demostrado que bajo condiciones económicas similares, en ciertas ciudades surgen MSU mientras que en otras no. Ello demuestra que tanto las variables políticas locales como, en particular, las internas a cada movimiento, son factores decisivos en su emergencia y constitución. Acerca del efecto político de los MSU, deben descartarse las posiciones que los convierten en los nuevos sujetos revolucionarios e igualmente las que los consideran como actores secundarios y simples elementos de apoyo al movimiento obrero y los partidos políticos. El papel que desempeñan como elementos de afirmación de la sociedad civil y democratizadores y politizadores de la vida cotidiana no ha sido suficientemente explorado ni acotado críticamente.

En cuanto a las variaciones en la participación para crear las condiciones necesarias para la reproducción de la fuerza de trabajo, debe enfatizarse su creciente privatización y el progresivo retiro del gobierno. La repercusión de esta tendencia en la dinámica de los MSU es múltiple. Lowe

no se detiene en su análisis y, en nuestro medio, tampoco abundan estudios al respecto.

4. Las redes asociativas y sociales y las comunidades solidarias en cuanto generadoras de acciones colectivas.

Esta temática remite al problema de la relación y, más precisamente, del paso y transformación de la base social de los MSU en fuerza social. Castells ha ido otorgando cada vez mayor importancia a estos asuntos en sus últimos escritos a través de la consideración de los aspectos culturales de los movimientos, las comunidades locales, las asociaciones de ciudadanos, etc. Lowe considera injustificada esta evolución y no valora suficientemente la aportación que significa para comprender la acción colectiva. El conocimiento de la estructura interactiva o sistema de relaciones que dan lugar a los movimientos y, en particular, la explicación de cómo y por qué surge la organización, se pone en marcha el proceso de movilización y cómo se crea, entre sus integrantes, la conciencia (reivindicativa, política y de clase), constituyen asuntos sobre los que existen todavía lagunas. El estudio de los diferentes factores que pueden dar lugar a la creación de identidades colectivas, redes sociales y sentimientos de solidaridad, así como de los elementos que activan la necesidad de la acción reivindicativa y política está, en parte, por hacerse en lo que respecta a los MSU. Numerosos estudios de investigadores norteamericanos sobre la pobreza urbana en América Latina enfatizan el peso que el barrio, en cuanto unidad espacial y social, tiene en estos procesos. Sin caer en un determinismo de la conducta social por parte del medio físico, es claro que la unidad residencial puede ser uno de sus catalizadores, siempre y cuando este factor se ubique en el contexto mayor de la estructura económica y de las relaciones de clase. Otra dimensión que cada vez más se considera necesario introducir en el estudio de los MSU es la cultural e ideológica, aunque los trabajos que las incorporan de manera sistemática son todavía minoritarios.

En el marco de la temática vinculada con los MSU, existen, por lo menos, otros tres tópicos sobre los que Lowe no se pronuncia. El primero se refiere al concepto con que se identifica el fenómeno que es objeto de estudio. Lowe usa los términos movimiento social, protesta urbana y movimiento social urbano. Sobre el primero parece existir cierto acuerdo, en el sentido de que un movimiento social es una acción colectiva que intenta superar los límites o reglas económicas y políticas de un sistema. Sobre las categorías restantes, el consenso es menor. Lowe los utiliza indistintamente sin tomar partido al respecto.

A pesar de ser crucial, el asunto del liderazgo no es abordado a lo largo del libro ni incluido por Lowe en su propuesta temática sobre los MSU. Las formas que esta función asume (centralizada, democrática, compartida, etc.) y el tipo de movimientos (cooptado, independiente, etc.) en

l que se ejerce, pueden estar altamente relacionados o, por el contrario, ser a veces contradictorios. Lowe no aporta elementos para precisarlo en los casos estudiados por él.

En cuanto al tópico de la participación de las mujeres en los MSU, Lowe critica la importancia que, en sus escritos más recientes, le atribuye Castells y, sobre todo, que no la justifique. Lowe no aporta su propio punto de vista. Al respecto, dos elementos, por lo menos, deben ser tenidos en cuenta: a) el reconocimiento a su creciente presencia e intervención en los movimientos, y b) la superación de las tradicionales explicaciones del momento a través del supuesto mayor tiempo libre de la mujer y de la consideración de las reivindicaciones que giran en torno al "hogar" como un espacio de su competencia. El rol real que la mujer desempeña en una sociedad dominada por el hombre y el que socialmente se le asigne para contrarrestar la explotación laboral y la expoliación en el consumo anula dichas interpretaciones.

Lowe oscila en su libro entre revisar críticamente la obra de Castells, realizar su propio balance de los MSU y aportar una propuesta analítica para su estudio. Para el cabal cumplimiento del primer cometido eran posibles varias vías. La elegida por Lowe pasa por el balance y propuestas audaces. Y, en este terreno, la aportación de Castells sigue siendo importante, a pesar de las observaciones críticas realizadas por Lowe.

Juan Manuel Ramírez Sáiz

PETER GREGORY. *The Myth of Market Failure. Employment and the Labor Market in Mexico*. Baltimore y Londres, The Johns Hopkins University Press (publicado para el Banco Mundial), 1986.

Este libro de Peter Gregory está sagazmente encaminado a demostrar que una interpretación equivocada de la evolución del empleo en México pudo haber sido una de las causas de la crisis que hoy padece el país. Así, el autor sostiene que el gobierno de López Portillo —parcialmente basado en la existencia de una apreciación incorrecta que calificó al empleo como problema— se embarcó en un programa muy ambicioso de inversiones que a la postre ha probado tener "consecuencias desastrosas" para el país (p. 3, traducción mía).

Por otro lado, Gregory busca demostrar las bondades de la economía de mercado que ha regido al país y sus consecuencias positivas sobre el empleo. En este contexto, después de terminar de leer el libro sorprende el poco espacio que dedica el autor a demostrar la veracidad de su planteamiento básico sobre la economía mexicana: que ésta ha sido exitosa porque ha operado bajo las leyes puras del mercado. Sólo en el capítulo dedicado a los salarios se detiene Gregory en una discusión acerca del impacto

de los salarios mínimos sobre el mercado de fuerza de trabajo, para concluir que su efecto "distorsionante" ha sido de poca monta. No es nuestro interés discutir aquí si la concepción básica de Gregory de la economía del país responde a la realidad; apenas queremos dejar constancia de que hubiese sido crucial para los fines del libro dedicar espacio a analizar la política económica mexicana y su posible impacto sobre la operación del mercado de bienes y servicios y de fuerza de trabajo.

El libro está densamente escrito y merece una detenida lectura, sobre todo por parte de aquéllos que hemos participado en la elaboración de los estudios que Gregory reinterpreta para apoyar su punto de vista. Mi lectura está especialmente encaminada a señalar los problemas metodológicos del libro, lo cual haré refiriéndome a cada capítulo por separado. Sin embargo, es necesario hacer muchas otras lecturas de este trabajo, especialmente desde una perspectiva económica.

Después de una breve introducción que nos pone en antecedentes sobre los propósitos del libro, en el segundo capítulo —dedicado a estudiar la evolución de la fuerza de trabajo en 1940-1980—, Gregory discute principalmente dos fenómenos que según sostiene han sido "frecuentemente interpretados como evidencia de la falla de la economía mexicana para crear suficientes empleos" (p. 22, traducción mía): la baja tendencial de los niveles de participación económica entre 1950-1970 y el crecimiento del sector terciario en ese mismo periodo.

Es ampliamente conocido que los niveles de participación económica masculina descienden inicialmente en el curso del desarrollo económico debido a una mayor permanencia de los jóvenes dentro del sistema de educación formal y al incremento en la cobertura de los sistemas de seguridad social (véase, por ejemplo, Naciones Unidas, 1978). Consideramos interesante que Gregory haga notar que en algunos círculos del país no se conocía este significado tradicional del descenso en las tasas de participación económica; pero no nos parece correcto que lo esgrima como un argumento aparentemente no explorado por otros estudiosos de la realidad mexicana, para luego apoyarlo con un análisis que puntualiza las bondades del sistema de educación formal en el país. (Trabajos anteriores que interpretan el descenso en México de las tasas de participación en los términos señalados han sido realizados por Morelos, 1970, y García, 1975, entre otros.)

El tratamiento que Gregory realiza de la tesis de la sobreterciarización ofrece también, a nuestro juicio, algunos puntos metodológicos problemáticos. El grueso del análisis está realizado con datos transversales para 1970, año alrededor del cual se ubica el final del desarrollo estabilizador, un periodo en el que se obtuvieron logros indiscutibles en el país. Estudios anteriores que también refutan la validez de la tesis de la terciarización de la economía mexicana hasta esa fecha son, por ejemplo, Muñoz y Oliveira, 1976; García, 1975; Katzman, 1984; Muñoz, 1986, entre otros.

in embargo, para probar que la administración de López Portillo (1976-1982) "hizo una mala lectura" del problema del empleo en México, haría que demostrar que las condiciones de 1970 se extendieron durante la década siguiente, que reviste características muy distintas.¹

Desafortunadamente, Gregory, al igual que muchos otros estudiosos del mercado de trabajo en México, enfrenta el problema de la falta de buenos datos para finales de la década de los setenta. En numerosas partes del libro se hace alusión a la escasez de fuerza de trabajo que se presentó en 1980, año caracterizado por una expansión económica considerable que, como todos sabemos, resultó ser demasiado pasajera. Sin embargo, sorprende que en un libro de características tan rigurosas no se haya hecho un esfuerzo por demostrar precisamente este punto, que resulta crucial para la argumentación. Nunca se documenta científicamente qué sectores y la economía fueron los que enfrentaron escasez de mano de obra y en qué proporciones. Consideramos que algún esfuerzo pudo haber sido hecho en esa dirección, como ha sido realizado en otros trabajos, donde se demuestra el impacto desigual del "boom" de finales de los años setenta sobre el mercado de trabajo (véase Jusidman, 1986; García, 1987). Los datos que ofrece el mismo Gregory más bien apoyan el punto de vista de que en la década 1970-1980, tomada en conjunto, la economía mexicana mostró algunas facetas preocupantes (véanse los cuadros 2-6 y 2-7, pp. 30-1). Al comentar estos cuadros, el autor apunta: "las estimaciones resultantes [para la década de los años setenta] rinden tasas de crecimiento de producto por trabajador que están muy por debajo de las registradas durante las dos décadas precedentes y más bien guardan semejanza con el aminoramiento registrado para los cuarenta" (p. 33, traducción mía).

Otra tesis usualmente sostenida sobre el problema ocupacional mexicano es la prevalencia de altos niveles de subempleo en el país. Gregory lleva a cabo un examen detallado de los distintos estudios existentes sobre este aspecto en el tercer capítulo del libro. Critica, desde nuestro punto de vista de manera atinada, el concepto de subempleo determinado por el hecho de trabajar menos horas que las consideradas normales, o por recibir un ingreso por debajo de un mínimo establecido de manera arbitraria. Es necesario hacer hincapié en que estas críticas son comunes en las obras sobre fuerza de trabajo en el país (véase, Rendón, 1978).

Dice el autor que trabajar menos horas que las normales puede ser un hecho voluntario, y su análisis sobre la población de bajos ingresos registrada por la encuesta de 1976 sobre el sector informal, arroja resultados

¹ Como es sabido, a mediados de la década de los setenta el modelo de desarrollo mexicano dio pruebas fehacientes de inicio de agotamiento. La economía logró recuperarse temporalmente hacia finales de la misma década antes de dar paso a la crisis de mayores proporciones que hoy nos afecta.

ya conocidos: la población joven o muy vieja, así como la que posee menos escolaridad, está más representada dentro de dicha población. Se trata, según Gregory, de un problema de capital humano, que muy bien puede ser transitorio y reflejar "una etapa en las vidas de trabajo de la gente joven durante la cual adquiere habilidades generales y sobrelleva el costo de hacerlo" (p. 97, traducción mía). Aunque se esté de acuerdo con este planteamiento, habría que señalar que al elaborarlo se comete el error metodológico de interpretar de manera longitudinal datos construidos transversalmente. En realidad, no habría garantías de que las condiciones prevalecientes en 1976 se extendiesen en el futuro, y de hecho no lo hicieron.

Este capítulo, a diferencia del anterior y del que le sigue sobre el sector agrícola, queda un tanto trunco, pues el autor se limita a ofrecer principalmente las críticas señaladas y no ofrece ninguna alternativa teórica o metodológica sobre la "subutilización" de la mano de obra en México. El mensaje implícito es que ésta no existe, por lo menos en el periodo señalado, y se esgrime como prueba final la escasez de mano de obra alrededor de 1980, pero no se demuestra una vez más nada al respecto.

En el cuarto capítulo, sobre agricultura y mercado de trabajo, Gregory intenta transformar la visión prevaleciente de la agricultura mexicana como contexto donde existen graves problemas de empleo, en una donde, por el contrario, hay una escasez de fuerza de trabajo, que lleva a incorporar tecnología ahorradora de mano de obra, lo cual redundaría en importantes aumentos en los ingresos relativos de la población activa en ese sector, pues se han acortado las diferencias entre las remuneraciones de los trabajadores agrícolas y no agrícolas.

Según el autor, los cálculos de subempleo y desempleo agrícolas no consideran las actividades que los habitantes de las áreas rurales desempeñan en otros sectores de la economía. Asimismo, apunta Gregory, dichos cálculos no toman en cuenta que muchos días que los campesinos no trabajan, no están efectivamente disponibles para trabajar en el mercado, criterio tradicional para medir el desempleo. A lo largo del libro, Gregory hace un uso extensivo de criterios tradicionales como éste para medir el desempleo, pero no hace la crítica que esperaríamos sobre la pertinencia de los mismos para la situación de los campesinos, por ejemplo. Efectivamente, los días que el campesino "pierde" por estar enfermo, por las inclemencias del tiempo, o por tener que caminar o trasladarse largas horas o días para cumplir con sus deberes cívicos, no está ciertamente disponible para trabajar en el mercado. Sin embargo, estas "pérdidas" no pueden ser conceptualizadas de la misma manera en áreas rurales de agricultura de temporal donde no rige una lógica capitalista estricta, que en otras áreas de la economía mexicana. Asimismo, habría que hacer hincapié en que la infraestructura de salud, tecnología y comunicaciones en general es más deficiente en estas áreas rurales, lo cual incide necesaria-

mente sobre la disponibilidad de la fuerza de trabajo en un momento determinado.

Al final de este capítulo sobre la agricultura, Gregory ofrece como demostración de la veracidad de sus argumentos un cuadro con información sobre los ingresos agrícolas y no agrícolas en los años de 1970 y 1980, en los cuales se puede apreciar que la distancia entre ambos es más estrecha en 1980 que en 1970. Sorprende la presentación de esta información, pues los datos sobre ingresos de los censos de población generalmente se consideran poco confiables. Asimismo, sorprende la utilización del censo de población de 1980 en este apartado, cuando Gregory se refiere a él en capítulos anteriores como claramente "desilusionante". Además de los puntos anteriores, habría que considerar que el mismo autor identifica 1980 como un año de muy buena actividad agrícola, en comparación con años anteriores. Tal vez precisamente por todas estas atenuantes, en el capítulo siguiente, dedicado a la migración interna, Gregory matiza los resultados de este cuadro, y declara: "En vista de las reservas que he expresado respecto a la confiabilidad del censo de 1980, sería prudente esperar el surgimiento de evidencia adicional antes de aceptar el hallazgo del acortamiento de los diferenciales de ingresos en su sentido aparente" (p. 165, traducción mía).

Los capítulos sobre migración interna (5) e internacional (6) constituyen, desde nuestro punto de vista, buenos esfuerzos de síntesis de lo escrito en el país y sobre él en estos temas. Los planteamientos de Gregory en estos apartados son mucho más matizados que en otras secciones, e incluso relativiza en ellos la validez de algunos ejercicios llevados a cabo con anterioridad, como es el caso de lo referente a los ingresos agrícolas en 1980 al que ya hemos hecho referencia.

En la estimación de las grandes tendencias sobre migración interna en el país, sorprende, sin embargo, la escasa incorporación que el autor hace de las obras propiamente demográficas o de las técnicas desarrolladas por esta disciplina para realizar sus ejercicios. Esta es sin duda una omisión importante en un libro en general muy bien documentado sobre lo escrito en y sobre México acerca de migración, fuerza de trabajo y temas afines.

Por lo que respecta al impacto de la migración sobre el mercado de trabajo, el autor sintetiza los principales resultados de las grandes encuestas llevadas a cabo en el país en la década de los sesenta y en 1970 en las áreas metropolitanas de Monterrey y México. Su interpretación concuerda con la de los principales estudios que analizan estas encuestas, donde se busca ciertamente situar en su contexto histórico las corrientes migratorias de esas décadas y las anteriores. En una época de expansión económica, las corrientes migratorias a las principales ciudades del país que concentran gran parte del esfuerzo industrializador, ciertamente no pueden ser caracterizadas como las "villanas de la historia" (véase Oliveira

y García, 1984). Pero debemos estar conscientes del momento histórico en que estas encuestas fueron realizadas y no pretender extrapolar a otras situaciones la visión positiva que puede extraerse de ellas. Recordemos en este contexto que el libro de Gregory intenta demostrar la mala lectura que el gobierno de López Portillo hizo sobre el mercado de trabajo a finales de los años setenta.

El sexto capítulo, sobre migración internacional, enfatiza correctamente, a nuestro juicio, los aspectos de oferta y demanda de mano de obra en la migración mexicana indocumentada a Estados Unidos. En este apartado se pueden encontrar elaborados planteamientos que tienden a confirmar la visión prevaleciente en México que busca relativizar los impactos catastróficos de dicha migración sobre el país vecino. Asimismo, habría que puntualizar que el autor ofrece una visión equilibrada del proceso migratorio internacional en términos de factores de atracción y de expulsión.

No obstante, en este capítulo también se esgrimen argumentos circulares donde eventualmente las fuerzas del mercado tenninarán equilibrando las situaciones indeseables. Por ejemplo, en un subapartado final, Gregory se propone contestar a la pregunta: ¿cuánto pueden ser afectados los salarios en el mercado de trabajo mexicano por la migración ilegal a los Estados Unidos? Para demostrar lo poco que dicha migración afectaría a los salarios, el autor tiene que partir del supuesto de que la emigración ilegal está igualmente distribuida en el territorio nacional. Al terminar su argumentación se pregunta qué pasaría si el supuesto anterior no se cumpliera, y llega a la siguiente conclusión: "Podría esperarse que el efecto salario en esos mercados [de donde partirían los ilegales] fuera mayor. No obstante, podría esperarse que dicho descenso en los salarios reales fomentara la emigración a las áreas que ofrecieran condiciones más favorables, y la depresión local en los salarios se moderaría entonces en el tiempo" (p. 207, traducción mía). El lector podría preguntarse, si la respuesta se conoce de antemano y al final todo se equilibra, ¿cuál es el objeto de estimar en primer lugar el impacto de la emigración sobre los salarios locales?

El séptimo capítulo del libro está dedicado a la evolución de los salarios en México desde 1935 hasta el presente. El autor hace numerosas referencias en los capítulos anteriores a una de las principales conclusiones de este apartado, sobre la mejora en los salarios reales en el país, tendencia que se presenta con nitidez desde finales de los años cincuenta hasta 1975. No obstante, Gregory enfrenta dificultades para explicar por qué en los años cuarenta y alrededor de 1980 (ambos periodos de clara expansión económica), las estadísticas muestran un descenso en los salarios reales. Se introduce explícitamente en este capítulo la actuación de los factores institucionales que "distorsionan" la operación del mercado.

Por ejemplo, Gregory apunta que lo que sucedió en los años cuarenta no fue un descenso en los salarios reales, sino una estabilización de los

nismos en su precio de mercado, pues Cárdenas, debido a sus simpatías por los obreros, había establecido los salarios mínimos por encima de dicho precio.

Como apoyo para sus argumentos sobre la imposibilidad de que hubiesen descendido los salarios reales en los cuarenta y principios de los cincuenta, el autor apela a planteamientos sobre la elevación del nivel de vida en el país en esos años. Señala Gregory que se elevaron los niveles de consumo y descendió la mortalidad infantil, que es un indicador muy sensible a los niveles de consumo entre los grupos de menores ingresos. Este argumento revela los límites de una concepción de la sociedad exclusivamente basada en términos de las bondades de una economía de mercado. Es bien conocido en los estudios de población que en una primera etapa los niveles de mortalidad en los países no desarrollados descienden por la importación de tecnología médica y por mejoras en la infraestructura de salud, al punto que se ha especulado que este descenso puede ocurrir de manera "independiente del desarrollo económico" (véase Davis y Arriaga, 1969). Y, más importante aún, los rezagos en el descenso de la mortalidad que se han observado en muchos países desde los años setenta, son interpretados como consecuencia de no haberse observado aumentos significativos en los niveles de vida de los grupos menos privilegiados de nuestras sociedades (García, 1987a).

Por lo que respecta a 1980, según Gregory la baja en los salarios reales alrededor de esa fecha es ciertamente incompatible con la rápida expansión de la economía, con la escasez generalizada de mano de obra que "aún el empirista más casual no pudo haber dejado de notar" (p. 246, traducción mía), pero que nunca se comprueba a lo largo del libro. ¿Qué mecanismos existen en una economía de mercado que permitan compatibilizar estas tres tendencias? Gregory ofrece argumentos sobre uno, que me gustaría hacer notar. Se trata de la contratación de trabajadores eventuales que "generalmente se emplean por salarios más bajos que los de la fuerza de trabajo permanente y no gozan de ninguna de las prestaciones otorgadas a la primera" (p. 251, traducción mía). No obstante, según el autor esto no constituye un signo negativo, pues puede afectar las estadísticas promedio de los salarios pero no los de cada uno de los componentes de la fuerza de trabajo industrial. En esta argumentación no se considera que los trabajadores eventuales y los permanentes comparten espacios determinados de trabajo, y que las condiciones bajo las cuales se emplean los primeros generalmente son utilizadas para presionar hacia abajo las de los segundos; sin embargo, esto es un factor de tipo político, aspecto escasamente valorado en el libro que nos ocupa.

Gregory apunta en uno de sus capítulos que su propósito no es menospreciar algunos de los estudios anteriores sobre el mercado de trabajo en el país. Mi propósito tampoco ha sido menospreciar el suyo. Apenas he intentado plantear algunas dudas sobre la lectura que lleva a cabo este

autor, que espero lleven a cuestionar su aseveración inicial sobre la mala información que se le ofreció al presidente López Portillo y sus posibles consecuencias sobre la crisis que hoy padecemos.

Brígida García
El Colegio de México

Bibliografía

- Davis, Kingsley y Eduardo Arriaga (1969), "The Pattern of Mortality Change in Latin America", en *Demography*, vol. VI, núm. 3, 1969.
- García, Brígida (1975), "La participación de la población en la actividad económica", *Demografía y Economía*, vol. XI, núm. 1, pp. 1-31.
- ____ (1987), *Desarrollo económico y absorción de la fuerza de trabajo en México*, El Colegio de México (en prensa).
- ____ (1987a), "Cambio demográfico y niveles de vida", *Estudios Demográficos y Urbanos*, vol. II, núm. 2.
- Jusidman, Clara (1986), "Evolución del empleo y los mercados de trabajo en México", ponencia presentada en la III Reunión sobre Investigación Demográfica en México, Sociedad Mexicana de Demografía.
- Katzman, Rubén (1984), "Notas sobre las transformaciones sectoriales del empleo en América Latina" en *Memorias del Congreso Latinoamericano de Población y Desarrollo*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, El Colegio de México y el Programa de Investigaciones Sociales en Población en América Latina, pp. 301-333.
- Morelos, José (1970), "Fuerza de trabajo" en *Dinámica de la población de México*, México, El Colegio de México.
- Muñoz, Humberto y Orlandina de Oliveira (1976), "Migración, oportunidades de empleo y diferencias de ingreso en la ciudad de México" en *Revista Mexicana de Sociología*, vol. XXXVIII, núm. 1, pp. 51-86.
- Muñoz, Humberto (1985), "Algunas contribuciones empíricas y reflexiones sobre el estudio del sector terciario", en *Ciencia*, vol. 36, núm. 1, pp. 17-28.
- Naciones Unidas (1978), *Determinants and Consequences of Population Trends*, Nueva York, vol. I, pp. 305-348 (versión española).
- Oliveira, Orlandina y Brígida García (1984), "Urbanization, migration and the growth of large cities: trends implications in some developing countries" en *Population Distribution, Migration and Development*, Nueva York, United Nations, International Population Conference, pp. 210-246.
- Rendón, Teresa (1978), "El problema ocupacional en las áreas rurales y su conceptualización" en *Investigación demográfica en México*, México, Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología, pp. 335-343.

Vota bibliográfica

ARTURO RETAMOZA GURROLA. *El proceso de industrialización en México: el caso de Sinaloa*, Universidad Autónoma de Sinaloa, México, 1987, 134 pp.

El autor se plantea como objetivo indagar las características y condiciones de funcionamiento de la industria mediana en el estado de Sinaloa. El análisis se realiza en dos niveles: el primero estudia las transformaciones de la estructura productiva y del sector industrial del país, y después deduce los efectos del modelo de industrialización seguido en el país sobre la industrialización de Sinaloa. Maneja como hipótesis que el empresario nacional no fue capaz de manejar el destino y el control de los procesos de industrialización y que en Sinaloa los grupos de poder continúan dedicados fundamentalmente a las actividades agrícolas, lo que se refleja en un sector industrial estatal caracterizado por un número relativamente pequeño de industrias medianas con escaso avance tecnológico. Para comprobar sus hipótesis el autor dedica los dos primeros capítulos al análisis del proceso industrial con especial énfasis en la formación y acumulación de capital identificando dos etapas: la etapa de la política de sustitución de importaciones de 1940 a 1955, en la que la estructura productiva del país va cambiando del predominio agrícola al industrial (este sector caracterizado por la producción de bienes de consumo, la escasa formación de capital fijo y la obtención de altas tasas de ganancia), y la etapa de reanimación y crisis de la economía de 1955-1980, en la que se inicia un nuevo patrón de acumulación, caracterizado por el traslado del control del sector industrial del capital nacional al extranjero por medio de las empresas transnacionales con un impacto negativo para la integración, el control y la independencia del sector industrial. El tercer capítulo se dedica al análisis de la situación industrial de Sinaloa; para ello el autor se vale tanto de fuentes documentales como de investigación directa por medio de encuestas a 100 de las 198 industrias medianas en 15 de los 18 municipios del Estado. El análisis de la situación estatal demuestra que en Sinaloa no se dio el cambio de la estructura productiva observado a nivel nacional, es decir, que el sector agrícola continúa teniendo un mayor peso relativo en la estructura productiva estatal. Lo que significa que no se dio el traslado de las ganancias de los empresarios agrícolas al sector industrial; por ello, la estructura manufacturera estatal es débil y escasamente diversificada, predominando las industrias pequeñas sobre las medianas, de las que sólo existe un pequeño número. En las conclusiones señala que Sinaloa puede lograr una industrialización más moderna y diversificada con base en la transformación industrial de productos y subproductos agrí-

colas. Para ello se requiere extender y profundizar la educación tecnológica; reorientar el financiamiento; canalizar apoyo técnico y tecnológico a la industria pequeña y mediana, y formar una nueva conciencia en el empresario estatal.

M.E.M.C.